

Recordar, compartir, aprender

Alicante

Teresa Javaloyes, 65

Ángela López Sáez, 21

MON AMOUR, JE T'AIME

Me dirijo a un centro de la tercera edad, donde Teresa pasa las tardes junto a su marido Roberto y su hermana melliza Angelita. Al entrar pregunto por ella, espero unos segundos y de repente la veo. Viene hacia mí, con aire dispuesto y una gran sonrisa en los labios. Tras saludarnos, me conduce automáticamente a una pequeña sala, -“aquí estaremos más tranquilas”-me dice. Nos sentamos y comienza a contarme su historia.

Nos remontamos atrás en el tiempo, exactamente al año 1959. Por aquel entonces, Teresa tenía dieciséis años y vivía con sus padres y cinco, de sus seis hermanos, en una pequeña casa del barrio de Santa Cruz en Alicante. A unos cuantos kilómetros de distancia se encontraba su hermana mayor, M^a Luisa, que emigró a Argelia, país en el que conoció a un francés con el que más tarde se casaría. No obstante, se vieron obligados a marcharse de allí debido a la guerra que azotó al país desde 1954 hasta 1962. Marsella fue el siguiente destino.

Mientras tanto en España, la madre de Teresa se desvivía por poder ir a visitar a su hija. Pronto tuvo la oportunidad, aunque no viajaría sola, sino con sus dos hijas Teresa y Angelita. El mismo día en que esperaban su llegada a Marsella, el marido de M^a Luisa había invitado a un compañero de trabajo a comer con ellos. Una vez en casa de su hermana, Teresa no tardó en fijarse en aquel chico alto, apuesto, de profundos ojos azules que la miraban incesantemente. El chico en cuestión tenía 24 años y se hacía llamar Bobby, nombre que le pusieron los soldados con los que combatió en la guerra de Argelia; aunque en realidad se llamaba Roberto. Por la noche decidieron ir al cine. Una vez hubieron apagado las luces, Roberto se abalanzó cuidadosamente sobre Teresa y la besó. Ella se quedó inmóvil. -“Fue la primera vez que alguien me besaba, yo no sabía ni lo que era eso”-me dice entre risas al recordar ese momento. En total, cinco fueron los días que pasó en Marsella, desde luego los mejores de su vida. El día de la despedida, Roberto le prometió a Teresa mediante gestos, puesto que no hablaba español, ni Teresa francés, que en cuanto obtuviera el permiso de conducir viajaría a España a casarse con ella. Mientras tanto, se escribirían para no olvidar esos intensos cinco días durante los cuales surgió algo que ambos acordaron llamar amor. Le escribió infinidad de cartas que con ayuda de un diccionario Teresa traducía cuidadosamente; y tal y como había prometido, Roberto se presentó en España cinco meses después para casarse con Teresa. Sin embargo, tuvieron que solventar algunas dificultades. En primer lugar, como ella era menor de edad, necesitaba el consentimiento de un adulto. Por otra parte, Roberto tuvo que convertirse al cristianismo, ya que era ortodoxo. Trascurridos tres meses, finalmente pudieron casarse el 16 de octubre de 1960 en la catedral de San Nicolás.

Al día siguiente, en seguida se pusieron rumbo a Francia. Justo en ese momento, Teresa fue consciente de que comenzaba una nueva vida para ella, lejos de todo aquello que conocía. “Mientras el coche se alejaba de mi casa, podía oír el llanto de mi hermana melliza. Yo misma me pasé la mitad del viaje derramando lágrimas constantemente. Por un lado me sentía feliz, ya que me había casado con el hombre que quería, pero por otro me sentía tremendamente triste, porque dejaba atrás a mi familia siendo muy joven”.

En Francia, la familia de Roberto aguardaba con gran expectación su llegada. Festejaron el casamiento hasta altas horas de la madrugada; pero a la mañana siguiente, la muerte quiso llevarse con ella a la madre de Roberto. El duelo fue algo que Teresa nunca olvidará. Recuerda que todo el mundo la miraba y decían cosas que no podía entender. Por si esto fuera poco, veía a su marido hundido en una profunda pena que no podía consolar con palabras.

Tras el entierro, Roberto tomó la decisión de quedarse a vivir en casa de sus padres, ya que sentía la necesidad de cuidar a su hermano pequeño que tenía siete años. De esta forma, Teresa se vió conviviendo con cuatro hombres: su suegro; dos cuñados, de dieciocho y siete años; y su marido. Sin embargo, Roberto se pasaba todo el día fuera debido al trabajo, así que solamente lo veía por la noche. Ansiaba ese momento más

Recordar, compartir, aprender

que nada en el mundo. Soledad, tristeza, nostalgia, son algunos de los adjetivos que describen los primeros años que Teresa pasó en Francia. Su juventud no fue fácil debido a las circunstancias que se le interpusieron en el camino, pero que superó gracias a aquello que nos une a todos: el amor.

Los años posteriores transcurrieron con normalidad. Llevaron una vida sencilla junto con los cuatro hijos que tuvieron, se compraron una casa propia al nacer el tercero y no pasó un solo verano sin que vinieran a España. Roberto es consciente de que su matrimonio no resultó como debería haber sido. De igual forma, sabe que sacrificó su felicidad arrastrando también a Teresa, por eso ahora intenta compensarla en todo lo que puede por toda su comprensión y tolerancia.

Afortunadamente para Teresa, la vida la ha devuelto al mismo punto del que partió: su querida España. Lo único que anhela es poder vivir muchos años junto a sus dos seres más preciados: Roberto y Angelita. “Que el Señor me los conserve durante mucho tiempo”, me dice. Al pronunciar estas palabras no puede evitar emocionarse. “He tenido mucha suerte al encontrar un marido como él, que tras 47 años de matrimonio, me despierta besándome y diciéndome te quiero”. Sin duda, para Teresa éste es el mejor momento del día; y cada noche, cuando se va a la cama se duerme con el dulce pensamiento de que cuando llegue el día, su querido Roberto la despertará susurrándole al oído “Mon amour je t’aime”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Llega un punto en la vida de toda persona reservado a la meditación de las experiencias vividas. Teresa decidió compartir las suyas con alguien, y el azar quiso que fuera yo. Durante los primeros años de su matrimonio, Teresa se enfrentó de cara a la aflicción y a la soledad. No obstante, si algo le han enseñado estos 47 años de matrimonio es que el amor es lo más importante, lo único por lo que merece la pena luchar. A pesar de las desavenencias sufridas, asegura que si su vida empezara de nuevo la elegiría exactamente igual a la que ha tenido. Sin dudarlo, volvería a pasar por lo mismo. Teresa sostiene que valores como la bondad, la honradez y la justicia han de acompañarnos día tras día y resalta la importancia de enseñárselos a los hijos.

Hace tres años que Teresa y Roberto hicieron de España su lugar de residencia. Ahora, les llega el turno de disfrutar y recuperar los años perdidos. -“Mis hijos ya tienen su vida hecha y son felices junto a sus esposas e hijos. Yo les deseo toda la felicidad del mundo, pero ahora mi vida está aquí junto a mi marido y mi hermana”-.

Teresa ha hecho realidad su sueño. Sin embargo, su verdadero deseo es poder vivir muchos años más tal y como se encuentra en estos momentos. Roberto y Angelita, dos nombres que para muchos no significan nada, pero que para Teresa significan todo. Dos personas sin las cuales la vida sería demasiado dura de soportar.